tectura de Vitrubio. La efigie del santo titular colocada en un nicho sobre la ventana del centro, rectangular como el portal, indica haber pertenecido á otra fachada más antigua, contemporánea de otra torre anterior á la que se levanta hoy á su izquierda y que no aparece concluída ni acompañada por su colateral.

Para alarde de su rígida grandeza el arte clásico se reservó toda completa la parroquia de Santa Cruz, respecto de la cual más que de ninguna otra se justifica el empeño de atribuir á Herrera cuantas obras en este género sobresalen (1). Campea en el fondo de un atrio espacioso cercado de verja de hierro, sobre cuyos pedestales asientan imponentes leones, la magnífica y elegante fachada, inspiración desarrollada felizmente dentro del angosto círculo de los preceptos: en el primer cuerpo resaltan ocho pilastras corintias, y en el segundo seis colocadas sobre un zócalo corrido, que remata á los extremos en antepecho cerrado por un pedestal con su bola. En el entrepaño inferior del centro ábrese dentro de un arco la puerta principal y otras dos menores en los contiguos, todas de recto dintel; á ellas corresponden arriba una gran ventana y dos nichos con frontones descritos por segmentos de círculo; nichos menores, fajas y recuadros adornan los entrepaños restantes. Las esculturas, más recomendables por la idea que por la ejecución, se refieren todas al augusto signo á que está consagrado el templo: sobre las puertas laterales dos relieves figurando el hallazgo del santo leño y la milagrosa resurrección que dió á conocerlo entre los otros, en las hornacinas inmediatas las sibilas Cumea y Samia que predijeron sus grandezas, en las superiores Santa Elena y Constantino, Heraclio y Alfonso VIII, asociado aquél á

(1) Dice el Sr. Rada y Delgado haber oído referir que ante aquella fachada exclamó Napoleón: «¡también anduvo por aquí el famoso Herrera!» No consta sin embargo, que éste fuera el arquitecto de una construcción que creemos algo posterior á su época, y cuya traza dudamos hubiese parecido aún bastante severa al autor del Escorial.

la *exaltación* de la cruz en la reconquista de Jerusalén, y éste al *triunfo* de la misma en las Navas de Tolosa, y por último sobre el cornisamento David é Isaías historiadores, por decirlo así, más bien que profetas del Crucificado. Encima del vértice del ático triangular descuella una gran cruz de piedra, haciendo juego con las acroterías de esféricos remates que en ambas extremidades se levantan.

Una despejada nave, cubierta de bóveda de cañón con molduras y labores de yeso, alumbrada por ventanas cuadrangulares y guarnecida de pilastras corintias como el exterior, constituye la iglesia de Santa Cruz: aunque cuenta cuatro capillas por lado, lo construído no es más que el tronco principal de la cruz latina que debía formar su planta, y cuyos brazos habían de cerrar dos torres, conforme á la que se ve principiada. Ocupan los retablos de las capillas el muro lateral de ellas más cercano á la cabecera del templo; de suerte que desde el ingreso puede abarcarlos de una mirada el espectador, y solazarse en los delirios churriguerescos que tanto escandalizaban al viajero Ponz. La capilla de la Concepción la fabricó en 1677 fray Alfonso de Salizanes, obispo sucesivamente de Oviedo y de Córdoba, llenándola de efigies y trasladando á ella los huesos de sus ilustres progenitores.

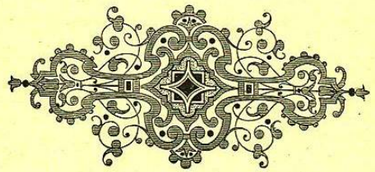
Entre los conventos de Rioseco, demolidos ó arruinados como el de San Pedro Mártir y el de San Juan de Dios, ó faltos de condiciones artísticas como los dos de religiosas, se distingue únicamente el de San Francisco, fundación de los poderosos Enríquez. El estilo gótico, bien que ya decadente, llegó todavía á tiempo de trazar su iglesia y de erigir en el centro su cúpula y de exornar sus bóvedas con dibujos de crucería y sus ventanas con vidrios de colores. La dorada reja, que separa del crucero la nave, labróla en 1532 un tal Andino con muchos medallones y floreros en su remate (1). Sin tomar ejemplo de los dos

(1) Léese en un tarjetón la fecha y el nombre del artífice.

platerescos retablos colaterales, admitió posteriormente un altar barroco en sumo grado la capilla mayor, en medio de la cual poseían derecho de sepultura los insignes fundadores. Á ella bajó en 1538 lleno de años y servicios, el benéfico y conciliador D. Fadrique, pero ó nunca tuvo estatua, ó pereció al trasladarse el entierro desde el centro á los costados de la capilla; y únicamente al pié del retablo aparecen arrodillados con su reclinatorio las efigies de bronce de su esposa D.ª Ana de Cabrera condesa de Módica, y de su cuñada D.ª Isabel, casada con su hermano D. Bernardino conde de Melgar y hermana también de la condesa. Yace en una de las capillas con bulto tendido sobre la losa, el sabio Fernando Mena distinguido médico de Felipe II (1), y á la entrada de aquella, fija la atención un pequeño órgano de forma gótica, sutilmente trepado y sostenido por un aéreo pedestal de gusto plateresco, que es un singular compuesto de columnitas, nichos y figuras. La sillería y el facistol del coro, labrados á la entrada del siglo XVIII, compiten con lo más rico y delicado del XVI, tanto como la diversidad del género consiente.

Frente al panteón de los almirantes levantábase su palacio, y ha tenido menos suerte aún en su conservación. Magnífica y caprichosa, cual del tiempo de los Reyes Católicos, debió ser su arquitectura, según lo que demuestra la fachada: una guirnalda guarnece y otra encuadra el arco de la puerta, tan plano que apenas puede calificarse de tal, avanzando en las enjutas dos leones con sus repisas. Figuraban arriba entre águilas rapantes un escudo de armas colosal y dos bustos de relieve dentro de orlas de follaje, y veíase claveteado de pequeñas

(1) Son célebres sus escritos: según Nicolás Antonio, unos le creyeron portugués, otros natural de Socuéllamos en la Mancha. Su epitafio dice así:

Reliquias Menæ, celebris doctoris in orbe,
Sic locus exiguus, parva sepulcra tegunt.
Ossa, bonæ vires magnas præbentia vitæ,
Albida prægelida, cerne, teguntur humo.

puntas de diamante todo el muro, que hoy día no se eleva más allá de la portada. ¿Cómo ha venido al suelo la mansión opulenta de los señores de Rioseco, á cuya sombra creció tan rápidamente la villa, y que en vez de recuerdos de opresión y servidumbre no los despertaba más que de respeto y de gratitud? En otras naciones se explicara la caída de estos palacios por un ciego ímpetu popular; en España por el abandono é incuria de sus mismos dueños, por una abdicación voluntaria de su honroso patronato.